



**“ [...] EL DOLOR DE LA IMPOTENCIA,
EL DOLOR DE SENTIR EL DOLOR DE
LOS DEMÁS” .**

Nietzsche complaint

por Luis Felipe Rodríguez

Nietzsche se mira al espejo y contempla su soledad. Sus mostachos se dibujan en su reflejo bajo sus ojos cansados, su gabán ondula delineando su gruesa figura. En su habitación, la oscuridad suele invadirlo todo, como esta tarde en Turín, a pesar de que el sol aún no se ha retirado por completo. Nietzsche se mira y no es Zarathustra quien le devuelve la mirada, sino un hombre que arrastra 44 años de agonía. Y no la física, que duele menos, sino aquella que hace helar el corazón y los huesos, más aún en una tarde como ésta. Nietzsche levanta el mentón y se observa altivo. “La voluntad, el impulso de supervivencia es el único deseo perpetuo que va más allá de todo, es lo único que da sentido a la existencia”, dice en voz alta. De pronto, estudia la habitación que lo alberga y, aterrado, comprueba que no hay ni una sola figura que asienta su conclusión.

A esa hora, suena Wagner inundando el espacio con una batalla épica contra las penumbras. Nietzsche alza los brazos, sigue la melodía como si dirigiera la orquesta y recuerda sus composiciones. ¿Qué hubiera sucedido si se hubiera dedi-

cado a la música, a hacer poesía en el aire? “Quizá me habrían escuchado más”, piensa, pero prefiere callar sus pensamientos. El superhombre acepta el dolor y el placer sin inmutarse y él es el primer profeta de esa verdad. Total, no darles lugar a las debilidades no es una empresa fácil; nadie dijo que fuera sencillo refundar los valores de la humanidad y conducirla a su superación.

Nietzsche repara otra vez en su reflejo, observa su cabeza. Las canas y su cabello oscuro están de igual a igual. “La dicotomía”, piensa. El esclavo y el amo, lo apolíneo y lo dionisiaco, lo débil y lo fuerte. “¿Y quién eres tú, Friedrich? ¿Quién eres tú que osas ser superior a los dioses desde tu humanidad? ¿Eres el débil o el fuerte? ¿Eres el amo?” El dolor recrudece en sus piernas interrumpiendo sus pensamientos. La vista se le nubla, el sol mortecino de la tarde agiganta su sombra. “La compasión es para los débiles. Como en la crucifixión. Jesucristo negó su realeza. Jesucristo falló”, se dice. Y de pronto se observa con una toga y sandalias. Jesucristo en el templo, Jesucristo predicando en el monte. Jesucristo crucificado y

sus discípulos llorándolo. “¿Acaso yo también hubiera querido doce que me sigan, doce que me lloren?” Nietzsche se lleva las manos a la cabeza. El corazón le ha jugado una mala pasada.

“¿Llorar es permisible?”, se pregunta. Pero, en ese momento, ya da lo mismo si lo es o no, porque hay gotas urgentes que caen sobre sus mejillas. “En la voluntad está la fuerza-se dice- en la voluntad no hay dolor”. Pero entonces su memoria viaja involuntariamente a los horrores de la guerra. Francia y Prusia batiéndose tras su bandera. Soldados mutilados rogándole ayuda. El humo, la pólvora, el olor a sangre. El dolor de no poder hacer más que aquello que se les permite a los mortales, el dolor de la impotencia, el dolor de sentir el dolor de los demás. “¿Acaso es compasión lo que sientes?”. La migraña vuelve entonces a través de espasmos que hacen palpar su sien. Nietzsche aprieta los dientes, aprieta las manos contra sus sienes, aprieta el corazón. El dolor en su cabeza hace que todo gire y gire en la noche naciente. Es como si la oscuridad de su habitación lo quisiera absorber.

Luis Felipe Rodríguez es comunicador social egresado de San Marcos. He trabajado como redactor periodístico y realizador de pódcast. Actualmente me encuentro desarrollando mi tesis enfocada en el rock subterráneo peruano de los 80. He publicado tres trabajos literarios en las compilaciones de Editorial Autómata: “Es-Cupido”, “La Banda Sonora de tu Vida” y “El Pessoa que llevo dentro”.

Nietzsche mira el espejo y ve a Zarathustra a su lado. Entonces cae. “¿Quién de tu especie se libra de la hora de la soledad? Es en este instante cuando recorres tu camino de grandeza”, le dice el profeta sosteniéndolo en sus brazos. Nietzsche lo mira desde el suelo. Su vista se detiene en las cortinas onduladas tímidamente por el viento. Entonces, otros vientos llegan a su mente. Recuerda a su hermana Elizabeth discutiendo con él, a su hermana casándose y viajando a Paraguay con su marido, su hermana apartándose lo más lejos posible. “¿Por qué Elizabeth no me prefirió a mí?”, le pregunta con dolor a Zarathustra. Pero cuando lo mira ya no es él quien está ahí, sino Malwilda, su amiga, la destinataria de tantas cartas suyas. Nietzsche se permite una sonrisa entonces ante un anhelo añejo de que la soledad pueda ser conjurada. Pero Malwilda ya no es ella, sino él mismo. Él y esa habitación taciturna. Nietzsche se levanta de un salto y grita con to-

das sus fuerzas: “¡AAAAHHH!”. Y el silencio se quiebra en mil pedazos contra las paredes. Y sus esperanzas también: la infinita soledad ha ganado finalmente la partida.

Entonces, Nietzsche corre hacia la calle abriéndose paso entre las personas con sombreros de copa que lo miran como a un demente. Se detiene, se calma por un momento, aminora el paso mirando a todos lados. Está perdido y lo sabe, no entiende nada. De pronto, un barullo capta su atención: un caballo yace sobre la nieve con toda la carga que llevaba sobre él. El arriero da de latigazos al animal indefenso, sin compasión, tratando de obligarle a pararse. El caballo hace esfuerzos inútiles por levantarse, pero la sangre en sus lomos delata su dolor. No puede.

Nietzsche observa la escena y algo en su interior se rompe y no es la voluntad, no es el superhombre,

es la compasión. Aquel dolor tan puro como solo la humanidad puede sentirlo. Entonces corre y se arroja sobre la nieve manchada de sangre, se abraza al cuello del animal herido. Se aferra a él, con la cabeza contra la suya, respirando su sangre. Entonces llora. Lloro por él y por el animal, por la humanidad entera, por la soledad de ser humano, por la soledad de ser Dios.

Entonces mira sus manos manchadas de sangre y entiende que sentir todo aquello es estar más allá del bien y del mal, es estar en la infinita locura de amar hasta que duela. Mientras tanto, la plaza Carlo Alberto en Turín se dibuja tenuemente en la oscuridad, cobijando a los dos seres más indefensos y solos sobre el mundo, inmersos en un ahora y siempre, como todas las cosas que están indefectiblemente bautizadas en el manantial de la eternidad.



